

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José María Serrano Sanz*

Señor Presidente,

Señoras y señores académicos:

1. INTRODUCCIÓN

Decir que Santiago Ramón y Cajal fue un gran científico no necesita justificación. Hay unanimidad en que fue uno de los grandes de la historia universal y el mayor entre los españoles. Esa es la parte más conocida de su personalidad, aunque lo fuera con el matiz amargo de Ortega «apenas nadie tiene la más ligera idea de cuáles son las conquistas del ilustre sabio». Unamuno interpretó mejor el mismo hecho: «la historia de los descubrimientos de Cajal nos interesa más que lo descubierto mismo».

A pesar de ser tan gran científico nunca fue alguien encerrado en su laboratorio o en una torre de marfil. En lo personal era un hombre polifacético, al que le gustaba viajar, el ajedrez o la tertulia del café con los amigos y que pudo haber brillado en otros campos, pues era competente fotógrafo, extraordinario dibujante y buen escritor. Hasta desarrolló innovaciones técnicas para el revelado de fotografías o la grabación de sonido. Y no se trataba solo de habilidades de cariz intelectual, porque un zapatero para el que había trabajado de

* Sesión del día 9 de mayo de 2023.

niño, cuando le invitó la familia a celebrar los primeros éxitos académicos de Cajal, señaló: «pues habría sido un gran zapatero...».

Hay otra faceta, aparte de la científica y la personal, sobre la que versará mi intervención, el Cajal hombre público. Es una faceta importante, porque Cajal se sintió muy comprometido con su país y su tiempo y fue sensible al momento histórico que le tocó vivir. Y es una perspectiva a la que no se ha prestado la atención que merece, desde mi punto de vista, aunque pocas personalidades españolas contemporáneas hayan sido objeto de tantas publicaciones como él. Ya nos advirtió nuestro compañero Diego Gracia sobre lo incompleto de las biografías de Cajal y su empeño en ignorar al «otro Cajal», el que trascendía al científico.

Sobre el hombre público hay un factor común en las biografías, tomado de sus *Recuerdos*, y es que su posición política permaneció inalterable desde la infancia a la senectud y se sintetiza en una palabra: patriotismo. Su patriotismo, nacido o avivado cuando niño al presenciar las celebraciones por las victorias en África del ejército expedicionario, habría constituido el *leit motiv* de toda su trayectoria, incluso en el ámbito científico. De joven le habría dolido que la ciencia española no tuviera presencia en libros internacionales y remediarlo fue un motor de su actividad. La herida del 98 la habría tratado de sublimar ofreciendo a España conquistas científicas que le dieran prestigio intelectual, a cambio de sus pérdidas territoriales (*A patria chica, alma grande*, sentenció). Los premios y reconocimientos obtenidos eran otros tantos triunfos de España. Su insistencia en la autobiografía resulta tan convincente que la cuestión se ha dado por resuelta: la política en Cajal es el patriotismo.

Ahora bien, aun aceptando el patriotismo como motivación, queda por saber cuáles fueron las posiciones que adoptó ante cuestiones políticas concretas, las razones que le movieron a actuar, opinar o inhibirse en ciertas coyunturas y cómo le afectaron algunos de los grandes problemas de su tiempo. Porque Cajal era sensible a lo que ocurría en su entorno y sus respuestas no fueron monocordes.

Su compromiso con España y su tiempo no fue meramente retórico, porque, a partir del aldabonazo que representó para él 1898, tuvo una triple dimensión cargada de hechos concretos. Primero, desempeñó por largo tiempo algunos puestos de gestión institucional, que no estaban directamente relacionados con labores investigadoras. Segundo, mostró un permanente interés por la política española, fue senador electivo y después vitalicio e incluso estuvo tentado de aceptar un ministerio. Y tercero, mantuvo una presencia constante en la vida pública a través de la prensa, pronunciándose sobre los principales acontecimientos de su tiempo, consciente del valor que podían representar las opiniones del «primer sabio popular en España», como le llamó Emilia Pardo Bazán.

2. EL ALDABONAZO DEL NOVENTA Y OCHO

La política nunca le fue ajena, pero el noventa y ocho motivó sus primeras tomas de posición y los acontecimientos que siguieron en los años inmediatos marcaron su presencia en la vida pública española. Él provenía de un ambiente familiar y estudiantil castelarino en la Zaragoza del Sexenio y la Restauración, aunque nunca se había manifestado públicamente.

Al ocurrir el Desastre tenía 46 años, era catedrático en Madrid, académico de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ateneísta reconocido y tenía consolidada su reputación científica internacional desde el Congreso que le había llevado a Berlín en 1889, aunque no había recibido todavía ninguno de los grandes premios que vendrían después. Era también una gloria nacional desde que en 1894 la Real Sociedad de Londres le había encargado la lección inaugural del curso, con el nombramiento aparejado de doctor *honoris causa* por la Universidad de Cambridge. El hecho tuvo gran repercusión en la prensa española y el haber sido descubierto a través de extranjeros redoblará su valor y se convertirá en lugar común.

La derrota del noventa y ocho le provocó una conmoción y lo llevó a alinearse inicialmente con quienes eran más críticos: «Aquel desfallecimiento de la voluntad... sacome del laboratorio, llevándome meses después, cuando la conciencia nacional sacudió su estupor, a la palestra política... Y yo, al igual que muchos, jóvenes entonces, escuché la voz de la sirena periodística. Y contribuí modestamente a la vibrante y fogosa literatura de la regeneración, cuyos elocuentes apóstoles fueron, según es notorio, el gran Costa, Macías Picavea, Paraíso y Alba. Más adelante sumáronse a la falange de los veteranos algunos literatos brillantes: Maeztu, Baroja, Bueno, Valle Inclán, *Azorín*, etc.», explicó en sus *Recuerdos*.

La prensa fue su primera plataforma. En octubre de 1898 en *El Liberal* dio su opinión –como antiguo combatiente que era– sobre los errores cometidos en la campaña y ofreció su respuesta para el futuro de España, que era apostar por la investigación. A comienzos de 1899 en *Heraldo de Aragón* se mostraba dominado por la indignación y la petición de responsabilidades. La solución al problema español, sostenía en clave costista, precisaría que «el país que paga, trabaja y calla se organizara políticamente, hablara e impusiera su voluntad».

Su escrito regeneracionista por excelencia es el *Post Scriptum* que añadió a la reedición en 1899 de *Reglas y consejos de la investigación biológica*, su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias. Lo retiró a partir de la edición de 1913, porque resultaba demasiado teñido por el ambiente del Desastre y su propia opinión se había modificado, pero ilustra su posición tras la derrota. No niega el malestar que la situación le produce, aunque cree posible

sacarle partido: «el dolor mismo nos será útil, porque el dolor es el gran educador de almas y creador de energías». En cuanto a los remedios concretos, más allá de la actitud moral, sostiene: «el poderío político de España será el fruto de la riqueza y del aumento de su población; resultados para los cuales no hay otro camino que crear, cueste lo que cueste, ciencia, industria y arte originales».

En 1917, se siente ya alejado de aquella fogosidad, típica de los escritores del llamado noventa y ocho: «Hoy, a la distancia de diez y ocho años, no puedo releer aquellas soflamas sin sentir algún rubor. Me disgustan algunas recriminaciones exageradas o injustas, el tono general declamatorio y cierto aire patriarcal y autoritario, impropio de un humilde obrero de la ciencia».

Cajal no se había limitado a opinar en la prensa, sino que pareció dispuesto a colaborar –aun modestamente– a la acción política, de la mano de Joaquín Costa. Según el sobrino de éste: «con referencia a los intelectuales, solo se presentó en su casa para apuntarse, D. Santiago Ramón y Cajal». Su nombre figuraba también entre los firmantes del manifiesto de la Liga de Unión Nacional con el que Costa pretendía relanzar su proyecto en 1900. Pedro Ramón y Cajal se refirió más adelante al episodio como la acción política más decidida de su hermano.

El temprano fracaso del movimiento costista le hizo ver que hacer política al margen del régimen de la Restauración era más difícil y complejo de lo que presumía. Concluyó que lo más eficaz era tratar de cambiar las cosas desde dentro, con pragmatismo, en lugar de situarse al margen utilizando como única arma la retórica. En el movimiento regeneracionista, señaló, hay un exceso de retórica y «la retórica no detuvo nunca la decadencia de un país». En los primeros años del siglo, se fue alejando progresivamente del costismo y del republicanismo y colaborando con instituciones oficiales para las que fue requerido, hasta que, andando el tiempo, acabó por considerarse monárquico, incluso de manera formal y pública. Las secuelas del noventa y ocho lo transformaron de regeneracionista retórico en pragmático y, con el tiempo, de tibio republicano en monárquico declarado.

El cambio de postura fue temprano, pues apareció ya en su respuesta al cuestionario de «Oligarquía y caciquismo» en 1901. Para sorpresa de Costa, que acabó hablando de la posición «platoniana» de Cajal, éste afirmaba que, siendo España un país con muy limitada educación política, el caciquismo era todavía un órgano indispensable de la vida nacional, como vínculo del campo con la ciudad y del pueblo con el Estado, para concluir «lo malo no es el cacique, sino el mal cacique» y añadía: «aspiremos, pues, no a suprimir el cacique, sino a educarlo y mejorarlo». Aunque no parecía angustiarle, tenía claro que los plazos para solucionar el problema no iban a ser breves: «la definitiva desaparición del cacique (en caso de ser realizable) será obra del tiempo». Estaba ya

muy lejos de la fogosa literatura regeneracionista y más cerca del Cánovas de Galdós, confiado en la lenta acción del tiempo.

Cajal y Costa siempre se respetaron, pero su relación en estos años ilustra el cambio del primero y el distanciamiento del segundo. En 1903, cuando se fundó Unión Republicana bajo el liderazgo de Salmerón, los periódicos próximos consideraban a Cajal uno de los suyos y hasta hablaban de su posible candidatura al Congreso por Madrid, pero él ya no estaba allí.

El decenio que siguió al noventa y ocho fue decisivo en la posición que Santiago Ramón y Cajal adoptó en su vida pública y en su alineamiento político de madurez. Lo inició conmovido por el desastre y reclamando responsabilidades, cuando concluyó era un prócer de la Restauración, que tomaba posesión del nombramiento de senador, tras hacerse cargo, con notoria dedicación y eficacia, de la dirección de diversos organismos creados por la Administración. Todo ello, por supuesto, mientras seguía investigando en la vanguardia de la ciencia mundial, dando sus clases, creando una escuela que resultó ser única y recibiendo los más importantes premios científicos internacionales.

3. SUS COMPROMISOS

La crisis de la Restauración, tras el asesinato de Canalejas y el alejamiento de Maura, ha llevado a desconocer o minusvalorar la reacción del régimen tras el desastre. No fue solo la recuperación del equilibrio financiero por las reformas de Fernández Villaverde, sino, entre otras, la nueva política educativa con la creación del Ministerio de Instrucción pública o la política investigadora de la Junta para Ampliación de Estudios. Lo que interesa destacar aquí es que en la gestión de varias de las instituciones creadas para llevar a cabo las reformas tuvo un papel destacado Santiago Ramón y Cajal.

En agosto de 1899 aceptó ser el primer director, y por tanto organizador, del recién creado Instituto de Bacteriología, Sueroterapia y Vacunación, después Instituto de Higiene Alfonso XIII, un organismo que no era de investigación sino de medicina preventiva. Permaneció en el cargo hasta 1920 y su dedicación fue bastante intensa.

En el verano de 1900 recibió el premio Moscú y en la prensa se levantó un clamor pidiendo que le crearan un instituto de investigación para que tuviera medios a la altura de su capacidad. En pocos días el gobierno aprobó la creación del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, transformado en 1920 en Instituto Cajal, que dirigió hasta su muerte y fue el organismo que le permitió crear la gran escuela neurológica española del primer tercio del siglo xx.

La coyuntura política de finales de 1906, más que el Nobel, fue la ocasión para un nuevo e importante cargo público, que también resultó ser vitalicio, el de presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Mientras iba camino de Estocolmo para recibir el Premio entró en escena el último de los gobiernos liberales de aquel periodo presidido por el marqués de la Vega de Armijo, quien por entonces también presidía nuestra corporación. El ministro de Instrucción Pública era el doctor Amalio Gimeno, catedrático de Medicina y amigo de Cajal. El Gobierno no llegó a durar dos meses, pero hizo algo tan importante como la creación de la Junta, que no solo lo sobrevivió, sino que duraría hasta la guerra civil y llegaría a ser el factor fundamental del impulso experimentado por la ciencia española en el primer tercio del siglo xx.

En la Junta convivieron armoniosamente dos programas de reforma que pretendían mejorar la sociedad española, tomando como palancas la educación, el conocimiento y la investigación, como expliqué aquí mismo tiempo atrás. El programa que ponía énfasis en la educación provenía de Giner de los Ríos y estaba representado por el secretario de la Junta, José Castillejo. El que pretendía impulsar la investigación exigente y de calidad era una creación personal de Ramón y Cajal. El cual, además, sirvió como garantía de supervivencia de la Junta, pues la solidez de su posición en la vida pública española hacía muy difícil suprimir un organismo presidido por él.

En cuanto a la política. El año 1906 no fue solo el del Premio Nobel, sino aquél en el cual estuvo Cajal más cerca de ceder a la tentación política en un sentido más tradicional, pues, según contó él mismo, poco le faltó para asumir el cargo de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que le ofreció su amigo Segismundo Moret. En aquel tiempo, tras la muerte de Sagasta, el partido liberal carecía de un liderazgo claro y Moret era uno de los que aspiraban a ejercerlo. Pero no hubo forma de superar las divisiones internas y en apenas año y medio (de julio de 1905 a enero de 1907), con mayoría parlamentaria, se sucedieron cinco presidentes liberales del Consejo de ministros (Montero Ríos, Moret, López Domínguez, Moret de nuevo y el marqués de la Vega de Armijo). Cajal se sentía cercano política y personalmente a Moret, quien era diputado por Zaragoza y catedrático y ateneísta como él. Según su relato, a comienzos de 1906 habían hablado de las reformas a realizar en educación e investigación, sobre las que estaban de acuerdo. Moret, a la sazón presidente del Consejo, le había pedido que diese un paso adelante si tenía la oportunidad de encargarle el ministerio en una próxima crisis, algo a lo que no había podido resistirse.

A medida que se acercaba el momento, crecían en Cajal las dudas de que con una mayoría parlamentaria tan dividida fuese posible hacer los profundos cambios en los que pensaba y cuando en abril empezó a rumorearse en la prensa un próximo reajuste ministerial, le escribió renunciando por anticipado. Moret, decepcionado, aceptó el nombre que le propuso Cajal, Alejandro San

Martín, catedrático de Medicina y uno de sus mejores amigos. El nuevo gobierno no duró ni un mes, de manera que Cajal había estado acertado en su cálculo político.

La tentación política no estuvo solamente en el ministerio, sino en el puesto de senador, que sí aceptó. El 28 de octubre, al día siguiente de la noticia del Nobel, su amigo San Martín publicaba una carta en *El Imparcial*, pidiendo que el gobierno liberal hiciese a Cajal senador vitalicio, como había hecho el conservador con Echegaray. La propuesta, bien acogida por la prensa y la opinión, no tuvo éxito, pero la semilla estaba plantada y, por una de esas paradojas de la historia, sería la muerte del propio San Martín, senador por la central, lo que convertiría en senador a Cajal, pues fue elegido para sustituirle en 1908 por aclamación en un claustro presidido por Gumersindo de Azcárate. Poco más tarde, en febrero de 1910, el Gobierno de José Canalejas lo nombró senador vitalicio.

La aceptación de la senaduría fue probablemente el punto de inflexión definitivo en la posición política de Cajal. Desde ese momento su compromiso con el régimen fue cada vez más claro y explícito. Él se sentía cerca del ala izquierda del liberalismo, de quienes creían que desde dentro se podían hacer las reformas necesarias para democratizar y hacer más sano y eficaz el sistema, las posiciones representadas por Moret, Canalejas. Su compromiso parecía tan claro que en 1919 Santiago Alba llegó a proponer la refundación del partido liberal bajo la jefatura de Cajal.

Contemplado con los ojos del primer tercio del siglo xx la evolución de Santiago Ramón y Cajal puede parecer paradójica, pues empezó el siglo como republicano y llegó a la República como monárquico, en contraste con buena parte de la élite intelectual española del periodo. Pero es que la evolución política de Cajal está relacionada con lo que realmente era, un hombre de finales del diecinueve, más que alguien de comienzos del veinte. Si los miembros de la generación de Ortega acabaron por manifestarse republicanos, Ramón y Cajal, como otros coetáneos suyos, confió en el régimen de la Restauración, tras la adopción del sufragio universal masculino en 1890, la invitación de Castelar a los suyos para integrarse en el partido liberal o la creación por señalados republicanos del accidentalista Partido Reformista. En el caso de Cajal, se produjo así la paradoja de que alguien que había comenzado en el republicanismo fue mejor tratado por la monarquía de Alfonso XIII que por la II República.

El momento oportuno para aclarar definitivamente su posición ante la opinión pública fue un episodio que tuvo lugar en enero de 1913. El rey recibió en palacio a Santiago Ramón y Cajal, Manuel Bartolomé Cossío y Gumersindo de Azcárate para que le informaran acerca de los trabajos de la Junta de Ampliación de Estudios, del Museo Pedagógico y el Instituto de Reformas Sociales. Era una idea del conde de Romanones, que había asumido la presidencia del

Consejo tras el asesinato de Canalejas, para mostrar públicamente la capacidad de integración de la monarquía con intelectuales «de ideas avanzadas» (*El País*). La prensa tituló la noticia de forma casi unánime «republicanos en palacio» y algunos periódicos, como *El Imparcial*, atribuyeron esa significación a Cajal: «Ayer fueron recibidos por el rey, con el cual conferenciaron extensamente, tres de los hombres más ilustres de la España contemporánea: los tres republicanos». Cajal envió de inmediato una carta al periódico en la que desmentía que estuviera afiliado al partido republicano y declaraba: «por la bondad de Su Majestad (a quien debo otras inolvidables distinciones) y a propuesta del ilustre y malogrado Sr. Canalejas, soy senador vitalicio y *milito, sin reservas y como soldado de filas, en el gran partido monárquico liberal*». Con aquella singular declaración pública (que, por cierto, no recoge ninguno de sus biógrafos) quedaba claramente establecida su posición política en 1913.

El testimonio público de su militancia o las declaraciones sobre el noventa y ocho no fueron excepciones, porque Cajal se pronunció en muchos momentos sobre cuestiones importantes de la actualidad, como dijimos. Y lo hizo con su característica independencia. Así ocurrió en 1917 cuando firmó una carta promovida por su amigo Gumersindo de Azcárate en apoyo de Julián Besteiro, preso por los sucesos de aquel verano, y semanas después apoyó una petición de amnistía para todos los implicados.

Un hecho que le produjo honda conmoción fue la primera guerra mundial. Las naciones cultas de Europa, a las que él tanto había admirado, combatían a muerte como si la civilización en la que creía no hubiera existido. Esta decepción le llevó a hacer un pronóstico pesimista sobre el futuro de Europa que expuso en febrero de 1915 en *España*, la revista de Ortega y Gasset. Allí aparece una frase descarnada con la que se ilustra su faceta pesimista: «Vaya por delante la declaración de que yo tengo muy pobre idea del hombre y de su civilización. Para mí la raza humana solo ha creado dos valores dignos de estima: la ciencia y el arte. En lo demás continúa siendo el *último animal de presa* aparecido». *El País* lo comentaba así: «supera al de Joaquín Costa, anonada mil veces más el pesimismo» de Cajal.

Más allá del dolor por la tragedia de la guerra, su postura ante el conflicto tuvo dos aspectos. Primero, y por lo que respecta a España, defendió pronto y abiertamente la neutralidad decidida por el gobierno Dato. En una entrevista concedida a *Heraldo de Aragón* el 1 de octubre de 1914, tras alabar la decisión del gobierno, definió la posición que creía más conveniente para España: «imparcialidad, serenidad, discreción, recogimiento». Eso no impidió, en segundo lugar, su alineamiento con los aliados, una vez convencido de que Alemania había sido el agresor. Su condición de aliadófilo se hizo oficialmente pública en 1916, cuando se creó un Comité de Aproximación Franco Española, presidido por el duque de Alba, del que formó parte Cajal junto a otros intelectuales como Galdós, Menéndez Pidal o Benlliure. El Comité nació tras una visi-

ta de intelectuales franceses a Madrid, correspondida después por otra de los españoles a París y al frente. Cajal no fue por motivos de salud, pero escribió una carta, leída por Américo Castro en la cena ofrecida por el Instituto de Francia, que concluía así: «formulo los votos más ardientes por el triunfo final de vuestro pueblo heroico en la lucha terrible que sostiene, no solo por la liberación del sagrado territorio de la patria, sino por una causa más alta: la de la libertad de los pueblos y el respeto a las nacionalidades».

4. TRAS LA JUBILACIÓN

El día 2 de mayo de 1922 Cajal cumplió setenta años y se jubiló como catedrático. Dos años antes había dejado de ser director del Instituto de Higiene, para reducir su actividad gestora, aunque mantuvo mientras vivió la dirección del Instituto Cajal y la presidencia de la Junta para Ampliación de Estudios. También se acabó al poco su vida política oficial, porque el Senado desapareció definitivamente tras el pronunciamiento de Primo de Rivera en septiembre de 1923.

Pero en ningún momento dejó de dar testimonio público de sus ideas sobre diversos acontecimientos de la vida política española. Sus compromisos disminuyeron a medida que se agotaban sus fuerzas, pero nunca renunció a su faceta de hombre público. Todavía en su último libro, *El mundo visto a los ochenta años*, aparecido un mes antes de su muerte, hace una digresión en un discurso casi intimista para mostrarse profundamente preocupado por la amenaza representada por los separatismos.

En los años veinte el problema estaba para él en las consecuencias que la Dictadura podía representar para el futuro de la monarquía. Según el testimonio de su hijo menor, Luis: «Al tener noticia de que el rey Alfonso XIII había entregado el poder a don Miguel Primo de Rivera mi padre comentó durante la comida de ese día: el rey se ha jugado el trono, porque el pueblo no quiere la dictadura, ni los políticos, ni las personas de prestigio».

Alfonso XIII tuvo una atención constante hacia Ramón y Cajal y, en la jubilación, presidió los homenajes más solemnes que recibió. Fue un decenio difícil para el rey y, acaso por ese motivo, Cajal extremó sus gestos de apoyo, incluso discrepando de su decisión de entregar el poder a Primo. Así, salió al paso de unas declaraciones de Blasco Ibáñez contra la familia real, haciendo ostentación de su afecto hacia la persona de don Alfonso. «Soy entusiasta de nuestro rey», proclamó en 1924 en una carta enviada al periódico *La Monarquía*.

Sus relaciones con Primo de Rivera fueron más complejas, aunque Cajal siempre se mostró con él «cortés y agradecido», en expresión de su hijo. Los

comienzos habían sido difíciles, porque una de las primeras medidas del Directorio había consistido en anular las pensiones concedidas para el curso siguiente por la Junta para Ampliación de Estudios y burocratizar todos los trámites. Era un golpe de autoridad que preludiaba tiempos complicados, pues hasta entonces la Junta «había sido respetada por todos los Gobiernos», escribió Castillejo. Pero bastó una carta de Cajal a Primo para que todo aquello se anulara y las aguas volvieran a su cauce. En todo lo demás Primo de Rivera se sintió fascinado por Ramón y Cajal y lo mostró abiertamente.

El pragmatismo de Cajal no era compartido por todos y le costó algún disgusto, como ocurrió en el caso Unamuno. Su relación con éste había sido siempre excelente, pero cuando intentó mediar para que le anularan las sanciones impuestas por la Dictadura se encontró con la furia de Unamuno, cuyo interés, en palabras de sus biógrafos, los Rabaté, era «explotar a fondo su postura de víctima». «Alcahuete» es la expresión más benévola referida a Cajal, que se puede leer en una carta de 1926 a su esposa.

5. EL FINAL

El 17 de octubre de 1934 murió Santiago Ramón y Cajal en su casa de Alfonso XII en Madrid (entonces, calle Niceto Alcalá Zamora). Era un momento dramático de la vida española, nada menos que el mes en que se había producido el levantamiento contra el gobierno de la República de una parte de la izquierda y los independentistas catalanes. Éste último había sido dominado, pero todavía había combates en Asturias, así que el día de su entierro estaba reunido en sesión permanente el gobierno y el ministro de Instrucción Pública se ausentó para presidir el funeral. Esta difícil situación dejó en muchos la sensación de que no se había despedido a Cajal como merecía.

Sin embargo, hay otra lectura posible y es que acaso fue el último momento en que lograron reunirse alrededor de un símbolo común las que después se llamaron dos o tres Españas. Quizá la representación oficial no estuvo a la altura, pero, según la prensa, en la comitiva, además de familiares, colegas y discípulos, marcharon entre otros –era octubre de 1934, no se olvide– intelectuales y artistas, como Ortega y Gasset, Jacinto Benavente, Gregorio Marañón o Mariano Benlliure, pero también personajes que serían decisivos poco después en la contienda civil desde ambos bandos: Juan Negrín, Julio Álvarez del Vayo, el general Queipo de Llano o José Antonio Primo de Rivera.

Muchas gracias.